



ALGUNA vez, hace más de veinte años, don Enrique Molina dijo que Jorge Millas era "hombre de nuestra incipiente filosofía". No era, ni entonces ni hoy, juicio descaminado o arbitrario, pues su quehacer se ha acrecentado efectivamente con los años. A los 53, exhibe cinco libros claves: *Idea de la individualidad* (1943), *Goethe y el espíritu del Fausto* (1948), *Ensayos sobre la historia espiritual de Occidente* (1960), *El desafío espiritual de la sociedad de masas* (1962) y su reciente *Idea de la filosofía* (Editorial Universitaria). Urgido por una típica modestia, Millas atenúa en el prólogo de la obra sus intenciones. Supone que servirá para abrir camino a quienes se inicien y por ello admite que simplifica lo insimplificable, esquematiza lo que no puede ser



JORGE MILLAS

La poesía fue para mí un ensayo exploratorio

Filosofía

Simplificar lo insimplificable

esquemático y cree que el texto será "motivo de desilusión para quienes están hace ya tiempo en el camino".

Una permanente duda experimental sacude al pensador, lejos del hartazgo y de la autoconciencia. Ha enseñado en la Facultad de Filosofía de la "U", en la Escuela de Derecho, o en la Universidad de Puerto Rico. Se graduó en 1943 en Filosofía y luego obtuvo el *Master* en Iowa (USA). Tal vez su lema más certero podría ser "poner en tensión la inteligencia y prepararla así contra las formas de la servidumbre que la amenazan por todas partes".

Jorge Millas contestó por escrito a un cuestionario preparado por Alfonso Calderón:

—¿Qué impresión produce en un hombre como usted, entregado por entero, a través de una vida, al pensamiento filosófico, la expresión: "el pensamiento paraliza la acción"?

—Ojalá pudiera el pensamiento paralizar la acción, cuando la acción es inconsciente o fanática. Ojalá pudiera poner frenos al activismo desbocado, que suelta la bestia humana contra el hombre. Por desgracia no es así, y la inteligencia es las más de las veces o un gesto impotente de contención o un estéril eco de "comprensión" frente a la acción insumisa. La conocida fórmula me parece, pues, cuando menos exagerada. Pero, además, es falsa, porque se funda en el supuesto de que el pensamiento y la acción son heterogéneos. La verdad es que uno

y otra forman un continuo: todo pensamiento bien pensado es acción en potencia; toda acción responsable es inteligencia en movimiento.

"Sólo son incompatibles el pensamiento confuso y oscuro, que no tiene a la vista sus propias consecuencias, y la acción ciega, que no se ha aclarado sus fundamentos teóricos y morales. Buena parte del drama de los hombres en este momento es la insolidaridad del pensamiento (en su plenitud ética y teórica) y la acción. Sobre todo de parte de la acción está el problema. Al fin y al cabo el pensamiento que no puede prefigurar su propio dinamismo es sólo estéril. Pero la acción desahogada irresponsablemente, sin la dirección de una conciencia medusa, es o bestial o caótica y, en todo caso, envilece la vida. Pero ¿a qué extendernos sobre esto? Bergson lo dijo todo en una fórmula ejemplar: "Hay que obrar como hombre de pensamiento y pensar como hombre de acción".

Ni cobardía ni heroísmo

—¿Cómo se fue produciendo en usted el tránsito del poeta al hombre filosófico?

—Quizás si la poesía sólo fue para mí un ensayo exploratorio de mis posibles relaciones con el mundo. Eso explica la ambivalente vigilia filosófica y poética que dominó mi adolescencia, hasta pasados los veinte años. Que esa vigilia no haya sido placida,

sino tensa y desgarrada, se explica de igual modo. El intento de ser lo que no se puede —en el sentido de no realizar el hombre el ideal de plenitud que se ha propuesto para expresar su experiencia del mundo— se paga al precio de un afán penoso y frustrante. Yo viví inocentemente ese afán como poeta, pero pude sobreponerme a él sin esfuerzo y con sosiego, invadido por ese placer progresivo que sigue a la lenta extinción de una dolencia.

"No hubo decisión alguna de mi parte —por tanto, ni cobardía ni heroísmo— para dejar la poesía. De pronto me encontré aplicado de lleno a lo que siempre me absorbiera —el afán filosófico— y desatento a lo que también me había consumido siempre: el desvelo poético. No fui, pues, yo quien dejó la poesía: ella me dejó a mí. Es probable que todo se deba a Nicanor Parra, con quien compartí mi adolescencia. ¿Cómo podía la poesía haberse quedado conmigo, si él había empezado a cortejarla?

—Durante un tiempo, tal vez como reflejo de la imagen de Chile, se vio en don Enrique Molina la más acabada expresión del pensamiento filosófico nacional. ¿Cree usted que él tuvo esa posición de mentor efectivo, o se trata de un fenómeno compensatorio a nivel del pensamiento para equilibrar carencias?

—La labor filosófica principal de Enrique Molina se extiende entre 1912 y 1942. Es un período de treinta años, durante el cual tiene lugar el surgimiento de una voluntad de cultura intelectual, de realización de la nacionalidad en el campo de las artes y de las letras. El fenómeno se

Ercilla Quila. 30-IX-1970- D01841⁸³

Simplificar lo insimplificable : [entrevista] [artículo]

AUTORÍA

Millas, Jorge, 1919-1982

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Simplificar lo insimplificable : [entrevista] [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile